

¿Qué afecta la participación del votante?



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

*André Blais**

Resumen

¿Por qué el nivel de participación es más alto en algunos países que en otros o en algunas elecciones que en otras? ¿Por qué se incrementa o decrece al paso del tiempo? Para responder estas preguntas, primero se abordan los estudios pioneros de Powell y Jackman, para luego revisar trabajos más recientes. Se busca establecer cuáles de las proposiciones acerca de las causas de variación en el nivel de participación están consistentemente apoyadas por la evidencia empírica y cuáles permanecen ambiguas. Se señalan algunos enigmas y vacíos en el campo y se sugieren rutas para futuros estudios. La mayoría de las investigaciones corresponde a democracias establecidas, pero también se incluyen análisis sobre democracias no establecidas. **Palabras clave:** instituciones, sistemas electorales, sistemas de partido, elecciones cerradas

Abstract

Why is voter turnout higher in some countries or in some elections? Why does it increase or decrease over time? To address these questions, I start with the pioneer studies of Powell and Jackman and then review more recent research. This essay seeks to establish which propositions (about causes of variations in voter turnout) are consistently supported by empirical evidence, and which ones remain ambiguous. I point out some enigmas and gaps in the field and suggest directions for future investigation. Most of the research pertains to established democracies, but analyses of non-established democracies are also included here.

Key words: Institutions, electoral systems, party systems, closely disputed elections

* Profesor del Departamento de Ciencia Política, Universidad de Montreal, Canadá
andre.blais@umontreal.ca
El presente artículo apareció en *Annual Review of Political Science*, vol. 9, 2006, pp. 111-125. Se reproduce con autorización del autor. Traducción de Víctor Alarcón Olguín (UAM-1).

Introducción

En la literatura [que estudia procesos electorales] predomina el punto de vista de que la investigación sobre el nivel de participación del votante ha establecido algunos patrones sólidos, ya que, hasta cierto grado, conocemos por qué la participación es relativamente más alta en algunos países que en otros, y que los principales factores que afectan las diferencias en la participación son las variables institucionales. Mi veredicto es diferente. Muchos de los hallazgos en la investigación comparativa transnacional no son tan sólidos, y, cuando lo son, no tenemos un microfundamento consistente de la relación, además de que el alcance de las variables institucionales puede estar sobreestimado.

Los estudios pioneros

El estudio sobre los niveles de participación del votante comenzó con el premiado libro de Powell (1982) *Contemporary Democracies*, mismo que colocó la participación electoral como uno de los tres principales indicadores del desempeño democrático, así como con un artículo de Powell (1986) y otro de Jackman (1987) publicados en *American Political Science Review* (APSR).

El artículo de Powell en APSR examinó la participación media en 17 países en los años setenta. Encontró que ésta era mayor en países con “distritos nacionalmente competitivos” y “fuertes vínculos partido-grupo”. Los distritos nacionalmente competitivos alientan la participación debido a que “los partidos y los votantes tienen incentivos similares para conseguir que los votantes vayan a las urnas en las [distintas] partes del país” (Powell, 1986: 21), y la opción de voto es más simple cuando y donde los grupos (por ejemplo sindicatos, iglesias, asociaciones profesionales) están claramente vinculados con partidos específicos (Powell, 1986: 22). La conclusión principal de Powell es que el nivel de participación

en Estados Unidos está limitado por su contexto institucional y que el acento está puesto sobre los nexos partido-grupo, el cual es la variable más poderosa dentro de su modelo.

El trabajo de Jackman (1987) prosiguió en la misma línea, incluso con un mayor énfasis en las instituciones. Jackman se enfoca en el nivel medio de participación en 19 países en la década de los setenta y llega a resultados mucho más claros, mostrando que hay cinco variables institucionales que afectan el nivel de participación: los distritos nacionalmente competitivos, la desproporcionalidad electoral, el multipartidismo, el unicameralismo y el voto obligatorio.

Jackman se inspiró en el trabajo de Powell, pero el conjunto específico de variables que aquél consideró era diferente. Principalmente, el factor más importante para Powell, el vínculo partido-grupo, fue dejado fuera, porque se encontró que no tenía efecto sistemático alguno. De este modo, el conjunto de variables de Jackman fue el que definió la agenda de investigación.

Se pueden hacer algunos comentarios acerca del estudio de Jackman. En primer lugar, aunque el énfasis está puesto en factores institucionales, uno de ellos –el número de partidos– debería ser considerado la consecuencia del contexto institucional. En segundo lugar, dos variables –distritos nacionalmente competitivos y desproporcionalidad electoral– son aspectos del sistema electoral; están correlacionados entre sí (distritos más grandes producen resultados más proporcionales) y no queda claro por qué los dos deberían ser incorporados en el mismo modelo. Y, por último, el análisis de Jackman no incluye variables socioeconómicas. Un modelo más completo debería integrar el papel del entorno socioeconómico.

El libro de Powell (1982) toma una muestra más amplia de países, 29 en total; no obstante, el análisis sobre el nivel de participación se restringe a 23 casos. Su modelo distingue tres bloques de variables: el entorno social y económico, el orden constitucional (instituciones en el sentido estricto del término), así como el sistema de partidos y los resultados electorales. En su modelo de análisis Powell (1982: 121, figura 6.1) identifica cuatro variables significativas: una socioeconómica (producto nacional bruto per cápita), dos constitucionales (representación proporcional y leyes de movilidad para el voto) y una del sistema de partidos (el vínculo partido-grupo).

El modelo secuencial de Powell, el cual identifica un conjunto distante de variables (socioeconómicas), un conjunto intermedio (instituciones) y factores con mayor proximidad (sistema de partidos y resultados electorales) parece muy útil. Yo reviso la evidencia sobre los efectos de estos tres tipos de factores, comenzando con los institucionales, que han sido el foco de la mayoría de las investigaciones.

El impacto de las instituciones

Jackman identifica tres instituciones que parecen alentar la participación: el voto obligatorio, el sistema electoral y el unicameralismo. También se han propuesto otras variables institucionales.

El voto obligatorio

Jackman (1987) estima que el voto obligatorio incrementa el nivel de participación alrededor de 13 puntos porcentuales. Este patrón ha sido confirmado por cada estudio sobre participación en las democracias occidentales, y la magnitud del impacto estimado es casi siempre de 10 a 15 puntos (Blais y Carty, 1990; Blais y Dobrzynska, 1998; Franklin, 1996 y 2004; Blais y Aarts, 2005). “El voto obligatorio incrementa la participación”, puede considerarse una proposición bien establecida.

Lo anterior provoca más preguntas: ¿El voto obligatorio debe estar acompañado por sanciones para que sea eficiente? ¿Qué clase de sanciones son más susceptibles de inducir a los ciudadanos reticentes a ir a las urnas? ¿Cuán “severas” deben ser estas sanciones? ¿Qué tan estrictamente deben ser cumplidas? La literatura no proporciona mucho para responder estos interrogantes.

Quizá aquí haya más que aprender de la experiencia de las democracias no establecidas. Norris (2004) encuentra que el voto obligatorio eleva el grado de participación sólo en las “viejas” democracias y especula que la ley podría ser aplicada con menor severidad en otras partes o que su impacto dependerá de la presencia de normas más amplias acerca de la pertinencia de obedecer la ley. Fornos, Power y Garand (2004) desarrollan una escala de cuatro niveles para el voto obligatorio y reportan un fuerte impacto de éste en la participación en América Latina, la región con la frecuencia más alta de leyes con voto obligatorio. Sin embargo, los autores no presentan la contribución específica de las sanciones ni su grado de cumplimiento. Finalmente, Blais, Massicotte y Dobrzynska (2003) examinan el efecto del voto obligatorio con o sin sanciones en una muestra de 61 países, que cubre tanto las democracias nuevas como las establecidas, y hallan que tal voto marca una diferencia sólo cuando existen sanciones (aunque no se analiza el efecto de su aplicación).

En síntesis, se sabe que el voto obligatorio aumenta el grado de participación y que su impacto depende de su cumplimiento. Pero no sabemos cuán estricta debe ser dicha aplicación legal para que funcione. No se conoce nada acerca de

las preocupaciones y percepciones del público sobre la ley y su implementación; tampoco existen análisis comparativos de las determinantes del nivel de participación en países con o sin voto obligatorio. Éste es un desafortunado estado de la cuestión. Si un sentido del deber es una motivación crucial para votar (Blais, 2000), la mayoría de la gente debería estar predispuesta a hacerlo y, con escasa coerción, las multas leves deberían bastar para producir una alta participación. Y, de acuerdo con la elección racional, los factores que modelan la decisión de votar o no, deberían ser muy diferentes cuando existe un costo financiero asociado con la abstención. En realidad, no sabemos nada acerca de los microfundamentos del voto obligatorio (Achen, 2002; pero véase Bilodeau y Blais, 2005).

Sistema electoral

Jackman (1987) descubre que el grado de participación es mucho mayor en sistemas con distritos nacionalmente competitivos. La razón es que dentro de distritos grandes los partidos tienen un incentivo para movilizarse a cualquier parte, mientras que algunos distritos uninominales pueden ser descartados y dados como perdidos.

La variable ordinal de cuatro categorías de Jackman toma en consideración la fórmula electoral y el tamaño de los distritos. Investigaciones posteriores han utilizado la misma variable o variables de control “*dummy*” que distinguen las fórmulas electorales, o un índice de desproporcionalidad (también incluido por Jackman). Los trabajos que se limitaron a las democracias avanzadas (Blais y Carty, 1990; Jackman y Miller, 1995; Franklin, 1996; Radcliff y Davis, 2000), así como un estudio sobre participación en países poscomunistas (Kostadinova, 2003), confirmaron que el nivel de participación es más alto en los sistemas de representación proporcional (RP) y/o con distritos grandes, mientras que la investigación que se ocupa de América Latina no registra ninguna asociación (Pérez Liñán, 2001; Fornos, Power y Garand, 2004); un análisis que incorpora tanto democracias establecidas como no establecidas concluye que el sistema electoral tiene un efecto débil (Blais y Dobrzynska, 1998; para una descripción más detallada de estos estudios, véase Blais y Aarts, 2005).

Existen dos interpretaciones posibles sobre la evidencia a nuestro alcance. La visión más optimista es que la RP eleva el nivel de participación, excepto quizás en América Latina, una región donde existe cierta dosis de proporcionalidad en cada país. La visión más pesimista es que fuera de Europa no existe ninguna correlación generalizada entre el sistema electoral y el grado de participación.

Me inclino más hacia la segunda postura, de corte más escéptico. Por otra parte, como se indicará más adelante al discutir el impacto del sistema de partidos, aquellos estudios que llegan a resultados positivos no han podido determinar cómo y por qué la RP alienta la participación.

Unicameralismo

La última variable institucional importante de Jackman (1987) es el unicameralismo, en la cual muestra que la participación es significativamente más alta en países donde el poder se encuentra concentrado en una legislatura. La razón es que donde existen dos cámaras el poder es usualmente compartido entre ellas y “las elecciones para la Cámara Baja juegan un papel menos decisivo en la producción legislativa donde el bicameralismo es fuerte” (Jackman, 1987: 408). Mientras más poderoso sea el cuerpo que está siendo elegido, mayor será el incentivo para votar. Se esperaría que el nivel de participación fuera particularmente bajo cuando y en donde la legislatura tuviera poco poder. Jackman usa una escala (propuesta por Lijphart, 1994) que le da el mayor valor a los países unicamerales y el menor a países en los cuales la Cámara Alta tiene el mismo poder que la Cámara Baja.

Jackman se concentró en la división de poderes entre las cámaras, pero el mismo razonamiento debería aplicarse para la división de poder entre el presidente y la legislatura, entre el gobierno central y los gobiernos subnacionales (o supranacionales), o entre el gobierno y las cortes. La proposición general es que mientras más poderoso sea el cuerpo que se está eligiendo, mayor es la participación.

Tal vez de manera sorpresiva, los hallazgos referentes al impacto del unicameralismo sobre el nivel de participación son mixtos. Jackman (1987), Jackman y Miller (1995), y Fornos, Power y Garand (2004) reportaron resultados positivos. Sin embargo, Blais y Carty (1990), Black (1991), Radcliff y Davis (2000) y Pérez Liñán (2001) no indican efecto alguno. Siaroff y Merer (2002) encuentran evidencia para la hipótesis de que la escala de participación es más baja donde hay un presidente “relevante” directamente electo y en donde existen gobiernos regionales fuertes. Blais y Carty (1990) y Black (1991) señalan que la participación no es más amplia en países federados. En conjunto, los estudios que han dirigido su atención a los indicadores específicos sobre el poder relativo de las cámaras bajas respecto a otras instituciones no han confirmado sistemáticamente la sabiduría convencional de que la participación es más alta allí donde la Cámara Baja posee mayor peso.

Quizás lo que se requiera sea medir la concentración del “poder” de las cámaras bajas nacionales tomando en cuenta estas múltiples dimensiones. Blais y Dobrzynska (1998) crearon una escala de “decisividad electoral”, que considera la presencia o ausencia de comicios subnacionales en las federaciones, elecciones directas para la Cámara Alta en países bicamerales y votaciones presidenciales directas. Ellos descubren una fuerte correlación positiva con el nivel de participación, pero sus resultados no han sido repetidos.

En su descripción del cambio en los niveles de participación en las democracias establecidas, Franklin (2004) presta más atención a la responsabilidad parlamentaria. Su preocupación principal es explicar por qué la participación crece o disminuye a lo largo del tiempo en diferentes naciones. Su variable principal es la competitividad, la cual consideraré más adelante. También argumenta que la participación en las elecciones legislativas aumenta cuando la responsabilidad parlamentaria es debilitada. Un ejemplo de lo primero es cuando Malta conquistó su independencia en los años sesenta y las decisiones de la legislatura ya no estaban sujetas a ratificación por parte del gobernador designado por Gran Bretaña; la creación de un cuerpo gubernamental en Suiza después de los años sesenta, que hizo que las elecciones perdieran importancia, es una ilustración de lo segundo.

Resulta difícil creer que el grado de participación no esté afectado por la relevancia de una institución, aunque la evidencia empírica sobre dicha cuestión es ambigua. El reto es llegar a escalas confiables que armonicen las diferentes dimensiones de relevancia, ya que las mediciones usadas en la investigación existente no son muy satisfactorias.

Otras variables institucionales

Se ha demostrado que al menos otros dos factores institucionales afectan la participación: la edad para votar y las reglas diseñadas para facilitar el voto. Es un punto bien establecido que la propensión a votar se incrementa con la edad (Wolfinger y Rosenstone, 1980; Blais, 2000), así que se esperaría que el nivel de participación fuera más bajo cuando la edad para votar es de 18 años en lugar de 21. La investigación que examina la participación en las democracias contemporáneas avanzadas no incorpora dicha variable por la sencilla razón de que en la actualidad la edad mínima para votar es de 18 años casi en todas partes (Massicotte *et al.*, 2003) y, por ende, no hay variación.

Blais y Dobrzynska (1998), cuya muestra de elecciones comienza en los años setenta, incluyen una variable de edad para votar y encuentran un efecto

relativamente fuerte; sus resultados sugieren que bajar la edad de 21 a 18 años reduce la participación en cinco puntos. La edad para votar es también un factor clave para el estudio sobre la dinámica de la participación de Franklin (2004), quien estima que la reducción de la edad para votar en la mayoría de las democracias ha producido un declive de la participación en casi tres puntos porcentuales.

La evidencia sobre las consecuencias de las reglas que facilitan el voto es más limitada y ambigua. El análisis inicial de Franklin (1996) sugiere que el nivel de participación es más alto cuando la votación se realiza en día domingo, ya que, presumiblemente, la gente tiene más tiempo para ir a las casillas, y cuando está disponible la votación por correo (en ausencia). Pero estas mismas variables probaron no ser capaces de predecir cambios en la participación con el paso del tiempo (Franklin, 2004). Norris (2004) estudia el efecto de reglas específicas (número de días de campaña, hacer campaña en días de descanso, voto postal, voto por poder, casillas especiales, voto transferible y voto por adelantado) y no encuentra una repercusión significativa. Blais, Massicotte y Dobrzynska (2003) crearon una escala síntesis que refleja la presencia o ausencia del voto postal, por adelantado o por poder, y hallaron una asociación más bien positiva entre la presencia de dichas facilidades de votación y el grado de participación.

Tiene sentido asumir que la gente es más proclive a votar si esto es fácil. Gimpel y Schucknecht (2003) han mostrado en particular que la participación está afectada por la accesibilidad de las urnas. De la misma forma, existe fuerte evidencia de que permitir a los electores votar por correo incrementa la participación (Southwell, 2004; Rallings y Thrasher, 2007). La pregunta no es si las facilidades para votar influyen en la participación sino cuáles importan más y qué tanta diferencia implican. Para tratar correctamente estos asuntos se necesitan mediciones más precisas de estas facilidades para votar con el paso del tiempo y en los distintos países, lo que significa que es indispensable saber no sólo si se cuenta con tales facilidades sino también qué tan sencillo es usarlas. También se requiere tomar en consideración el carácter endógeno de las leyes electorales; es más posible que las medidas para facilitar el voto sean adoptadas en naciones donde el nivel de participación es bajo o declinante (Franklin, 2004: 148). No es una tarea sencilla y, por el momento, el veredicto debe ser que se sabe poco acerca de cuánta diferencia implican estas reglas.

Conclusiones

El objetivo inicial de los estudios trasnacionales sobre el nivel de participación ha sido conocer el impacto de las variables institucionales. Dicho ímpetu fue moldeado

en buena medida por el influyente trabajo de Jackman. La percepción general en el campo (y, debo confesar, la mía propia antes de reexaminar la evidencia de manera más puntual al preparar este artículo) es que las diferencias nacionales en el grado de participación pueden ser relativamente bien explicadas por las variables institucionales. La idea es que se ha llegado a un número de proposiciones con suficiente sustento en torno a cómo las instituciones influyen en la participación.

Tal apreciación puede no estar bien fundada. Se puede afirmar con seguridad que el voto obligatorio favorece la participación, pero no sabemos si una sanción leve sea suficiente y si la sanción necesita ser aplicada. La mayor parte de la literatura apoya la idea de que la RP alienta la participación, pero no existe explicación plausible de cómo y por qué, y el patrón es ambiguo cuando el análisis se mueve más allá de las democracias bien establecidas. Muchos estudios apoyan la sensata propuesta de que la participación aumenta con la importancia de la elección, pero muchos otros no reportan efecto alguno. Encuentro difícil no creer que el nivel de participación es mayor cuando y donde es relativamente fácil votar, aunque la evidencia empírica referente a la influencia de las facilidades para votar es inconsistente. En resumen, nuestro entendimiento del impacto de las instituciones sobre la participación todavía no es sólido.

El entorno socioeconómico

Se sabe que en el plano individual la propensión a votar está asociada con ciertas características sociodemográficas, en particular con la edad y la educación (Wolfinger y Rosenstone, 1980; Blais, 2000). Sería natural admitir, en la misma lógica, que las variaciones nacionales en la participación están vinculadas con diferencias socioeconómicas entre países. Powell (1982) considera el impacto del entorno socioeconómico y encuentra que el nivel de participación tiende a ser más alto en países más desarrollados económicamente. También reporta que la participación tiende a ser más relevante en naciones pequeñas, pero la relación no es significativa estadísticamente.

Los análisis posteriores más influyentes han prestado poca atención a esta línea de investigación (véase especialmente Jackman, 1987 y Franklin, 1996 y 2004), tal vez porque tratan con un número pequeño de democracias establecidas, entre las cuales existe poca variación en el grado del desarrollo económico. No obstante, hay sustento relativamente fuerte para la hipótesis de que la participación es mayor en los países avanzados económicamente (Blais y Dobrzynska, 1998; Norris, 2004; Fornos, Power y Garand, 2004). La relación no es lineal,

siendo la diferencia principal la que existe entre los países más pobres y todos los demás (Blais y Dobrzynska, 1998).

Esto plantea la pregunta de si el nivel de participación incrementa o decrece con los retrocesos en la economía. Como lo resalta Radcliff (1992), ambos efectos son posibles; la restricción económica puede inducir a las personas a movilizarse para compensar injusticias, pero también puede orientarlas a retirarse por completo del proceso político. Dadas estas dos posibilidades contradictorias, el resultado más probable es un nulo efecto de conjunto, y esto es precisamente lo que reportan la mayoría de los estudios (Arcelus y Meltzer, 1975; Blais y Dobrzynska, 1998; Blais, 2000; Kostadinova, 2003; Fornos, Power y Garand, 2004; para una excepción véase Rosenstone, 1982).

Radcliff (1992) argumenta que los retrocesos económicos elevan la participación en los niveles altos y bajos del gasto en asistencia social, pero lo deprimen en los niveles intermedios. Sin embargo, algunos de los hallazgos son desconcertantes (Blais, 2000: 34) y no han podido repetirse (Jackman y Miller, 1995: apéndice B, nota 3). La conclusión es que no existe una relación clara entre la coyuntura económica y el grado de participación.

En mi investigación, me ha sorprendido que los niveles más altos de participación son reportados en países pequeños tales como Malta (Blais y Carty, 1990; Blais y Dobrzynska, 1998). La diferencia real está entre países muy pequeños y todos los demás; el patrón es menos claro aun en el ámbito subnacional (véase Blais, 2000: 59). El mismo patrón se ha observado en el nivel local (Oliver, 2000). He especulado que esto podría resultar de redes sociales más fuertes en comunidades más pequeñas, pero dicha hipótesis es inconsistente con la ausencia de una correlación entre participación y urbanización (véase Siaroff y Merer, 2002; Fornos, Power y Garand, 2004; Kostadinova, 2003, reporta una correlación negativa, pero ésta es muy débil). Otra interpretación es que los votantes están más inclinados a sentir que su voto puede ser decisivo en un país pequeño. Y una más, la cual considero la más plausible (aunque la contradice Rose, 2004), es que los países más pequeños tienen menos electores por miembro electo, lo cual facilita que los candidatos y los partidos movilicen el voto.

No es sorprendente que los politólogos hayan prestado mayor atención al impacto de las instituciones que al del entorno socioeconómico. Pese a ello, amplias investigaciones muestran que la participación es sustancialmente más baja en los países pobres y excepcionalmente alta en algunos países pequeños. Se han reportado algunos otros patrones consistentes. Dada la preeminencia del modelo de movilización de recursos en el campo de la participación política (Brady, Verba y Scholzman, 1995) se esperarían análisis más sistemáticos de cómo la pobreza y/o el analfabetismo repercuten en el nivel de participación.

Sistemas de partido y resultados electorales

El análisis inicial de Powell (1982) indicaba que la participación era más alta en naciones con fuertes vínculos entre grupos sociales y partidos. Este hallazgo no fue reiterado por Jackman (1987) y los estudios subsecuentes han dejado de lado esta variable. Jackman introdujo una nueva variable: el número de partidos, el cual ahora es incorporado en la mayoría de las investigaciones.

Se intuye que la participación debería ser más alta en la medida en que hubiera más partidos, al menos por dos motivos. Primero, porque los votantes tienen más opciones de dónde escoger. Cuando existen seis o siete partidos en lugar de dos o tres, los votantes están más inclinados a encontrar un partido cuya plataforma sea razonablemente cercana a sus propias preferencias en los temas principales de la elección y deberían ser menos proclives a sentir que ninguna de las opciones es satisfactoria. En segundo lugar, mientras más sean los partidos políticos, mayor será la movilización electoral.

Como lo destaca Jackman, el fraccionamiento de los partidos también puede tener consecuencias negativas sobre el nivel de participación. A mayor cantidad de partidos, mayor probabilidad de que el gobierno esté hecho de una coalición de ellos. En sistemas que tienen gobiernos de coalición, los resultados electorales son menos decisivos, debido a que la composición final del gobierno depende de los acuerdos que los partidos estén dispuestos o no a realizar. La presencia de muchos partidos puede significar que los votantes tienen poco que decir en la selección real del gobierno (Downs, 1957).

Dadas estas posibles consecuencias contradictorias, no está claro si deberíamos esperar que la correlación del nivel de participación con el número de partidos sea positiva, negativa o inexistente. Tampoco queda claro si el número de partidos sea lo que cuenta per se. Si lo que importa es la contundencia de la decisión, entonces se debería mirar la presencia o la ausencia (anticipada) de acuerdos posteriores a la elección y la distinción más significativa podría estar entre elecciones que produzcan gobiernos mayoritarios unipartidistas (los cuales son decisivos) y aquellas que originen gobiernos de minoría o de coalición.

Casi toda la investigación empírica ha encontrado una correlación negativa entre el número de partidos y el nivel de participación (Jackman, 1987; Blais y Carty, 1990; Jackman y Miller, 1995; Blais y Dobrzynska, 1998; Radcliff y Davis, 2000; Kostadinova, 2003). Las únicas excepciones son los estudios sobre participación en América Latina, en donde no parece existir relación alguna (Pérez Liñán, 2001; Fornos, Power y Garand, 2004).

Éste es un descubrimiento desconcertante. Parece implicar que la gente no está más inclinada a votar cuando y donde existen más opciones para elegir,

y/o que la movilización partidaria no importa tanto (o que el arribo de nuevos partidos no alienta la movilización general). Además, la interpretación usual de que un mayor número de partidos reduce la participación porque éstos producen gobiernos de coalición (y por ende las elecciones son menos decisivas) no está empíricamente sustentada. Blais y Carty (1990) y Blais y Dobrzynska (1998) reportan que la participación no es más alta en elecciones que originan gobiernos de mayoría unipartidista.

La conclusión es que tenemos una pobre comprensión de la relación entre el número de partidos y la participación. Se debe rechazar la idea de que tener más partidos alienta la participación. Éste es un importante hallazgo contrafáctico. La RP o los distritos de mayor magnitud incrementan la cantidad de partidos (Taagepera y Shugart, 1989; Blais y Carty, 1991; Lijphart, 1994; Cox, 1997). Se puede afirmar que si la RP estimula la participación no es porque eso genere más partidos. Ya que no se sabe exactamente cómo y por qué la RP puede afectar la participación –esto es, no comprendemos sus microfundamentos (Achen, 2002)–, parece justificada la lectura pesimista de que no existe correlación generalizada entre el sistema electoral y la participación.

También es tiempo de cuestionar la interpretación común de que la correlación negativa observada a menudo entre el número de partidos y el nivel de participación refleja el impacto de la decisión que producen las elecciones. Esta interpretación debe ser puesta a prueba, lo cual significa desarrollar mediciones sobre el nivel de decisión electoral, las cuales han sido usadas en otras líneas de investigación (véase, en particular, Powell y Whitten, 1993); éstas pueden ser corregidas o perfeccionadas, pero deben incorporarse en trabajos futuros. También podría argumentarse que lo que realmente importa es la claridad de la elección, es decir, los votantes necesitan saber con relativa certeza qué coaliciones podrían formarse. Si ése es el proceso asumido, entonces deben crearse indicadores sobre la claridad de la elección. Como están las cosas, el que la participación parezca ser más baja cuando existen más partidos es intuitivamente riesgoso y la idea de que esto es así porque más partidos significan elecciones menos decisivas es sólo una suposición (tampoco encuentro muy plausible la interpretación de que el número de partidos eleva los costos de información. Los votantes no tienen que informarse por su cuenta acerca de cada partido. Sin embargo, los costos de información pueden incrementarse siempre y cuando el sistema de partidos esté en un gran movimiento).

Hay una última variable que no estaba incluida en el trabajo pionero de Powell y Jackman, pero que ha sido incorporada en muchos estudios subsiguientes: lo estrecho del resultado electoral. Esta variable ha producido los hallazgos más

consistentes. Mi proposición inicial sobre la evidencia aún sostiene que “el veredicto es contundente con respecto a lo reñido: una elección cerrada ha llegado a incrementar la participación en 27 de los 32 estudios que han puesto a prueba la relación, en muchos contextos diferentes y con diversas metodologías. Existen razones poderosas para creer que, como lo predice la teoría de la elección racional, más gente vota cuando la elección es cerrada” (Blais, 2000: 60). Éste es el resultado establecido con mayor firmeza en la literatura; no vislumbro cómo podría estar equivocado.

Esto no significa que el asunto esté finiquitado. No es suficiente decir que una elección cerrada anima la participación, se necesita especificar la magnitud de su impacto. Yo mismo, en mi investigación, me he asombrado debido a su pequeñez. El análisis comparativo entre naciones que he realizado sugiere que la participación se reduce en uno o dos puntos cuando la distancia entre el primer partido y el segundo es mayor a diez puntos (Blais y Dobrzynska, 1998). En análisis seccionales de la ciudadanía sobre el nivel de participación (Loewen y Blais, 2005) y series de tiempo sobre la participación nacional en Canadá (Nevitte *et al.*, 2000) emergen patrones muy similares.

Es posible que el impacto de la estrechez sea subestimado debido a que la variable no esté medida de forma adecuada. El indicador común es la distancia del voto entre el partido líder y el segundo puesto. El indicador tiene sentido, aunque no está claro si lo que importa es el escaño o la distancia del voto (en lo personal, creo que es la distancia del voto, porque los electores reciben abundante información acerca de las intenciones del voto por las encuestas y porque muchos tienen una comprensión pobre de cómo los votos se transforman en escaños). En sistemas con gobiernos de coalición, puede ser que lo reñido de la carrera entre las dos principales coaliciones sea lo que importa. Se requiere diseñar mediciones más complejas. Asimismo, siempre se ha asumido que la relación entre el margen estrecho y la participación es lineal. Quizá lo significativo es que el resultado no sea una conclusión preestablecida y que la diferencia real está entre elecciones donde el ganador venza por un margen muy amplio y todos los demás. O tal vez lo único que motiva a los votantes y eleva la participación sean unas elecciones muy cerradas.

La investigación comparada entre países mira típicamente la estrechez global de la elección nacional. Podría ser que lo significativo lo constituya lo peleado de la carrera en el plano distrital. Franklin (2004) usa el margen medio de victoria en la escala distrital como un indicador de la estrechez y ésta es sin duda una ruta que vale la pena explorar. Sin embargo, no hay que asumir que la estrechez deba ser medida de forma absoluta en el nivel distrital. En un análisis de la decisión

de los individuos de votar o abstenerse en la elección de 1996 en la Columbia Británica, se encontró que la estrechez de la competencia percibida en el ámbito provincial tuvo mayor impacto que el estrecho margen percibido en la esfera distrital (Blais, Young y Lapp, 2000).

Por último, está la pregunta de si lo reñido de una elección es significativo en los sistemas de representación proporcional. Franklin (2004) adopta la visión radical de que el margen de victoria importa únicamente en los sistemas de mayoría relativa. Podría estar en lo correcto, pero ésa es una proposición empírica que debería ser probada directamente. La pregunta más difícil es si la estrechez (o competitividad) de una votación debería ser medida de la misma manera en diferentes sistemas electorales. El margen de victoria es el indicador lógico en los sistemas de mayoría relativa debido a que la probabilidad de marcar un voto decisivo está directamente relacionada con el margen de victoria. Empero, en un sistema de representación proporcional, el resultado puede ser en ocasiones una conclusión preestablecida incluso si éste es “cerrado”. En un distrito con cinco escaños, por ejemplo, puede ser obvio para los votantes que el partido A y el B ganarán dos escaños cada uno y el partido C un escaño (y ése podría haber sido el resultado de las tres elecciones previas), aunque la ventaja del partido A sobre el B podría ser minúscula. Tal resultado sería codificado como muy cerrado; no obstante, la probabilidad de marcar un voto decisivo en dicho distrito sería tan pequeña como en un distrito uninominal “no competitivo”. La probabilidad de marcar un voto decisivo es igualmente pequeña en los sistemas de RP y los que no lo son. Se necesita pensar más acerca de lo que realmente significa la estrechez o competitividad en los sistemas de representación proporcional.

Orientaciones para la investigación futura

La visión dominante en el campo es que las variaciones sobre el nivel de participación entre países pueden ser explicadas sobre todo por factores institucionales que vuelven más prominentes y competidas a algunas elecciones respecto de otras. Esta postura fue bien expresada por Franklin (1996: 232):

Un país con elecciones poco importantes y un sistema electoral que no fuera del todo proporcional podría mostrar con gran facilidad niveles de participación de 40% [*sic*; debería ser 40 puntos porcentuales] por debajo de un país con elecciones más relevantes y un sistema altamente proporcional. Tales discrepancias surgen con nitidez a partir de diferencias en el contexto institucional dentro del cual las elecciones se llevan a cabo.

No me convence. Como he indicado, la evidencia de que la participación es mayor bajo la RP (la cual se supone que produce resultados más reñidos) y en elecciones más “importantes” se encuentra muy lejos de ser sólida. La evidencia sobre el impacto de márgenes reducidos es consistente, pero tal impacto parece ser sorprendentemente débil. Las instituciones importan menos de lo que creemos y su influencia está condicionada a la presencia de otros factores.

Con el fin de desanudar estas relaciones más bien complejas, se necesita reconsiderar nuestros diseños de investigación y metodologías. El enfoque usual en la materia ha sido un análisis seccional de las variaciones en la participación entre naciones. Esta visión resulta apropiada para mostrar el efecto de las variables que tienden a ser estables con el paso del tiempo, como el entorno socioeconómico, el sistema electoral o el voto obligatorio. Conforme el número de democracias se amplía, el reto es incluir más casos, con el fin de poner a prueba la solidez de los hallazgos observados entre las democracias establecidas.

Pero muchas variables difieren de una elección a otra y para estas variables el análisis debería ser explícitamente dinámico. En su relevante trabajo *Voter Turnout and the Dynamics of Electoral Competition in Established Democracies since 1945*, Franklin (2004) confronta el tema de las variables cambiantes y apunta con claridad la dirección que la investigación debería tomar en un futuro (véase también Franklin, Lyons y Marsh, 2004). Franklin señala dos puntos cruciales. Primero, la manera lógica de determinar el impacto de una variable sobre el nivel de participación es examinar si la participación crece o disminuye cuando la variable cambia. En otras palabras, el análisis debe ser dinámico. Segundo, el efecto de cualquier cambio debe sentirse en las nuevas generaciones, quienes no han desarrollado todavía el hábito de votar (o de abstenerse).

Esta perspectiva lleva a Franklin a desarrollar análisis empíricos en los cuales la participación previa es incluida como una variable de control, lo cual vuelve al análisis explícitamente dinámico. Franklin también crea variables interactivas entre los factores institucionales y la proporción del electorado que es nuevo (ante una de sus primeras tres elecciones). Además, en ocasiones, hace uso de las generaciones como la unidad de análisis, lo que le permite probar directamente la hipótesis de que las variables institucionales tienen un mayor efecto en las nuevas generaciones.

Éste es un logro impresionante. Franklin (2004) nos ha desafiado para que reconsideremos cómo probar las hipótesis acerca de la influencia de las instituciones o los sistemas de partido en la participación. Sin embargo, el estudio tiene tres fallas serias. En primer lugar, Franklin omite en sus estimaciones los principales efectos vinculados con las nuevas generaciones debido a la presencia de colinealidad múltiple, lo cual no es una justificación convincente. Brambor y

Roberts (2006) muestran que cuando el modelo teórico incorpora efectos interactivos, todos los términos constitutivos deben estar incluidos y que los problemas asociados con la colinealidad múltiple claramente han sido sobrevalorados. En segundo término, Franklin se refiere con frecuencia a cómo el cambio generacional afecta el grado de participación, aunque reduce su análisis a las consecuencias de la entrada de las nuevas generaciones al electorado. No ataja la difícil y crucial cuestión de si las nuevas generaciones votan menos porque entran a la política en un contexto menos competitivo (su argumento) o porque pertenecen a una nueva generación con un conjunto distinto de valores (Blais, Gidengil y Nadeau, 2004). En tercer lugar, el tipo de modelo que Franklin propone requiere el uso de análisis multinivel, en el cual las características de los votantes interactúan con peculiaridades del contexto electoral.

Pese a estas deficiencias, Franklin ha señalado la nueva dirección que debe seguir la investigación en el campo. Se debe prestar mayor atención a la dinámica de la participación, examinar cómo los cambios en el sistema de partidos y/o lo estrecho del resultado afectan la participación electoral, y probar de manera explícita si estos factores tienen un mayor impacto en las nuevas generaciones. En ese sentido, el libro de Franklin constituye un estudio pionero tanto como el trabajo de Powell y Jackman 20 años atrás.

El argumento central de Franklin, el cual se corresponde con la visión dominante en el campo, es que el grado de competencia electoral es el factor más determinante de la participación. Permanezco escéptico. Como se indicó antes, la participación sólo es débilmente afectada por lo reñido de una elección. Además, no he visto prueba alguna de que con el paso del tiempo las elecciones se estén volviendo menos competitivas de manera sistemática, por lo que la reciente caída de la escala de participación difícilmente puede ser atribuida a la falta de competencia.

Franklin nos alerta sobre la posibilidad de que el impacto de las características institucionales pueda variar entre los diversos tipos de votante. Hay que examinar también la posibilidad de que sus efectos varíen entre los sistemas. Por ejemplo, la participación puede estar diferencialmente relacionada con el número de partidos y/o con lo estrecho de la elección en países con o sin representación proporcional. De igual forma, lo que incrementa o disminuye la participación puede ser muy diferente en países ricos y pobres. Dado que la cantidad de democracias y de elecciones democráticas está aumentando mucho, ahora es posible poner a prueba los efectos de la interacción entre el entorno socioeconómico, las variables institucionales y los sistemas de partido, así como distinguir los patrones generales que se mantienen en todas partes, de aquellos coyunturales que sólo se aplican en algunos contextos específicos.

Conclusión

Los estudios comparativos entre países acerca del nivel de participación han producido sólidos hallazgos. Se puede afirmar con certeza que la participación es más baja en los países pobres y más alta en los países pequeños, que el voto obligatorio alienta la participación y que ésta se incrementa en elecciones altamente competidas y cerradas. Pero me impresionan más los vacíos en nuestro conocimiento. Se cuenta con una comprensión pobre sobre cómo el voto obligatorio estimula la participación y se tiene una valoración muy inferior de la importancia de la mucha o poca competencia existente y de qué modo afecta los sistemas de RP. Tiene sentido creer que la participación es más baja en elecciones menos relevantes, pero lo que hace que una elección sea más o menos importante todavía es oscuro.

Podemos hacerlo mejor. Puesto que el número de democracias y de elecciones democráticas se está expandiendo ampliamente se pueden poner a prueba nuestras hipótesis con más casos y con mayor variación tanto en las variables dependientes como en las independientes. Esto significa que debemos movernos más allá de las democracias establecidas y revisar si los patrones que observamos entre ellas se mantienen en las nuevas democracias. Es por ello que trabajos como el de Fornos, Power y Garand, (2004), el cual prueba algunas de las hipótesis regulares acerca de las determinantes de la participación en un nuevo ambiente (América Latina), son tan útiles y trascendentales. Si ciertos factores como el sistema electoral o la magnitud distrital parecen tener impacto sólo en algún subconjunto de países, debería desarrollarse una teoría más elaborada acerca de cuándo y dónde tienen mayor o menor importancia, o se deben llevar a cabo estudios adicionales para comprobar si la relación aparente pudiera ser falsa.

Con la aparición de análisis como el Estudio Comparativo de los Sistemas Electorales se hace posible examinar el impacto condicional de las instituciones en diferentes tipos de electores (véase por ejemplo, Long y Shively, 2005). Esto abre una ruta sustantiva para la investigación. Franklin (2004), Gerber, Green y Shachar (2003), y Plutzer (2002) han argumentado que existe un importante componente de hábito al votar. Si están en lo correcto, se debería esperar que los factores contextuales tengan un efecto mucho mayor sobre las nuevas generaciones. Eso requiere lógicamente un análisis multinivel que vincule las variables institucionales con las características individuales del votante.

Bibliografía

Achen, Ch.

- 2002 “Toward a new political methodology: Microfoundations and art”, en *Annual Review of Political Science*, núm. 5, pp. 423-450.

Arcelus, F.J. y A.H. Meltzer

- 1975 “The effect of aggregate economic variables on congressional elections”, en *American Political Science Review*, núm. 69, pp. 1232-1265.

Bilodeau, A. y André Blais

- 2005 “Le vote obligatoire a-t-il un effet de socialisation politique?”, ponencia presentada en el Coloquio Internacional sobre el Voto Obligatorio, Instituto de Estudios Políticos, Lille, Francia, 20-21 de octubre.

Black, J.H.

- 1991 “Reforming the context of the voting process in Canada: Lessons from other democracies”, en H.I. Bakvis (ed.), *Voter Turnout in Canada*, Dundurn Press, Toronto, pp. 61-176.

Blais, André

- 1991 “The debate over electoral systems”, en *International Political Science Review*, núm. 12, pp. 239-260 [trad. al español en Víctor Alarcón Olguín y Héctor Zamitiz (eds.), *Enfoques contemporáneos en ciencia política*, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, México, 1999, pp. 187-224].
- 2000 *To Vote or Not to Vote? The Merits and Limits of Rational Choice*, The University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.

Blais, André y A. Dobrzynska

- 1998 “Turnout in electoral democracies”, en *European Journal of Political Research*, núm. 33, pp. 239-261.

Blais, André y K. Aarts

- 2005 “Electoral system and turnout”, ponencia presentada en el Encuentro Internacional de Expertos “Cambiano el Sistema Electoral: El caso de Holanda”, Ámsterdam, 14-15 de septiembre.

Blais, André y K. Carty

- 1990 “Does proportional representation foster voter turnout?”, en *European Journal of Political Research*, núm. 18, pp. 167-181.
- 1991 “The psychological impact of electoral laws: Measuring Duverger’s elusive factor”, en *British Journal of Political Science*, núm. 21, pp. 79-93.

Blais, André, E. Gidengil y R. Nadeau

- 2004 “Where does turnout decline come from?”, en *European Journal of Political Research*, núm. 43, pp. 221-236.

- Blais, André, L. Massicotte y A. Dobrzynska
 2003 *Why is Turnout Higher in Some Countries than in Others?*, Elections Canada, Ottawa.
- Blais, André, R. Young y M. Lapp
 2000 "The calculus of voting. An empirical test", en *European Journal of Political Research*, núm. 37, pp. 181-201.
- Brady, T.H., K. Verba y L. Scholzman
 1995 "Beyond SES: A resource model of political participation", en *American Political Science Review*, núm. 89, pp. 271-295.
- Brambor, T. y W. Roberts Clark
 2006 "Understanding interaction models: Improving empirical analyses", en *Political Analysis*, núm. 14, pp. 63-82.
- Cox, Gary W.
 1997 *Making Votes Count*, Cambridge University Press, Nueva York [trad. al español Gedisa, Barcelona, 2004].
- Downs, Anthony
 1957 *An Economic Theory of Democracy*, Harper, Nueva York [trad. al español Aguilar, Madrid, 1973].
- Fornos, C.A., T.J. Power y J.C. Garand
 2004 "Explaining voter turnout in Latin America", en *Comparative Political Studies*, vol. 37, núm. 8, pp. 909-940.
- Franklin, M.
 1996 "Electoral participation", en L. LeDuc, R.G. Niemi y P. Norris (eds.), *Comparing Democracies: Elections and Voting in Global Perspective*, Sage, Beverly Hills, pp. 216-235.
 2004 *Voter Turnout and the Dynamics of Electoral Competition in Established Democracies since 1945*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Franklin, M., P. Lyons y M. Marsh
 2004 "Generational basis of turnout decline in established democracies", en *Acta Política*, núm. 39, pp. 115-151.
- Gerber, A.S., D.P. Green y R. Shachar
 2003 "Voting may be habit-forming", en *American Journal of Political Science*, núm. 47, pp. 540-550.
- Gimpel, J.G. y J.E. Schuknecht
 2003 "Political participation and the accessibility of the ballot box", en *Political Geography*, núm. 22, pp. 471-488.
- Jackman, R.W.
 1987 "Political institutions and voter turnout in industrial democracies", en *American Political Science Review*, núm. 81, pp. 405-424.

Jackman, R.W. y R.A. Miller

- 1995 "Voter turnout in the industrial democracies during the 1980s", en *Comparative Political Studies*, vol. 27, núm. 4, pp. 467-492.

Kostadinova, T.

- 2003 "Voter turnout dynamics in post-Communist Europe", en *European Journal of Political Research*, vol. 42, núm. 6, pp. 741-759.

Lijphart, Arend

- 1994 *Electoral Systems and Party Systems, 1945-1990*, Oxford University Press, Oxford [trad. al español Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1995].

- 2000 "Turnout", en R. Rose (ed.), *International Encyclopedia of Elections*, CQ Press, Washington, pp. 314-322.

Loewen, P.J. y André Blais

- 2005 "Did C-24 Affect Voter Turnout? Evidence from the 2000 and 2004 Elections", inédito.

Long, J.K. y W.P. Shively

- 2005 "Applying a two step strategy to the analysis of cross-national public opinion data", en *Political Analysis*, núm. 13, pp. 327-344.

Massicotte, L. y André Blais

- 1999 "Mixed electoral systems: A conceptual and empirical survey", en *Electoral Studies*, núm. 18, pp. 341-366.

Massicotte, L., André Blais y A. Yoshinaka

- 2003 *Establishing the Rules of the Game: Electoral Laws in Democracies*, The University of Toronto Press, Toronto.

McDonald, M.P. y P. Samuel

- 2000 "The myth of the vanishing voter", en *American Political Science Review*, vol. 95, núm. 4, pp. 963-974.

Nevitte, Neil et al.

- 2000 *An Unsteady State: The 1997 Canadian Federal Election*, Oxford University Press, Toronto.

Norris, Pippa

- 2004 *Political Engineering: Voting Rules and Political Behavior*, Cambridge University Press, Nueva York.

Oliver, J.E.

- 2000 "City size and civic involvement in Metropolitan America", en *American Political Science Review*, núm. 94, pp. 361-373.

Pérez Liñán, Anibal

- 2001 "Neoinstitutional accounts of voter turnout: Moving beyond industrial democracies", en *Electoral Studies*, vol. 20, núm. 2, pp. 281-297.

- Plutzer, E.
2002 "Becoming a habitual voter: Inertia, resources and growth in young adulthood", en *American Political Science Review*, núm. 96, pp. 41-56.
- Powell, G.B.
1982 *Contemporary Democracies: Participation, Stability, and Violence*, Harvard University Press.
1986 "American voter turnout in comparative perspective", en *American Political Science Review*, vol. 80, núm. 1, pp. 17-43.
- Powell, G.B. y G.D. Whitten
1993 "A cross national analysis of economic voting: Taking account of the political context", en *American Journal of Political Science*, núm. 37, pp. 391-414.
- Radcliff, Benjamin
1992 "The welfare state, turnout and the economy", en *American Political Science Review*, núm. 86, pp. 444-456.
- Radcliff, Benjamin y P. Davis
2000 "Labor organization and electoral participation in industrial democracies", en *American Journal of Political Science*, vol. 44, núm. 1, pp. 132-141.
- Rallings, C. y M. Thrasher
2007 "The turnout 'gap' and the costs of voting: A comparison of participation at the 2001 general and 2002 local election in England", en *Public Choice*, vol. 131, núm. 3-4, pp. 333-344.
- Rose, Richard
2004 "Voter turnout in the European Union member countries", en R. López Pintor y M. Gratschew (eds.), *Voter Turnout in Western Europe since 1945*, IDEA, Estocolmo, pp. 17-24.
- Rosenstone, S.J.
1982 "Economic adversity and voter turnout", en *American Political Science Review*, núm. 26, pp. 25-46.
- Siaroff, A. y J.W.A. Merer
2002 "Parliamentary election turnout in Europe since 1990", en *Political Studies*, núm. 50, pp. 916-927.
- Southwell, P.L.
2004 "Five years later: A reassessment of Oregon's vote by mail electoral process", en *PS, Political Science and Politics*, núm. 37, pp. 89-93.
- Taagepera, Rein y Matthew Soberg Shugart
1989 *Seats and Votes: The Effects and Determinants of Electoral Systems*, Yale University Press, New Haven.
- Wolfinger, R.E. y S.J. Rosenstone
1980 *Who votes?*, Yale University Press, New Haven.